





EL ENAMORADO DE LA REINA DE SABA

UN RELATO DE ESPAÑOLES EN LOS MARES DEL SUR



FERNANDO MARTÍNEZ GIL

EL ENAMORADO
DE LA REINA DE SABA

UN RELATO DE ESPAÑOLES EN LOS MARES DEL SUR



Primera edición: septiembre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Fernando Martínez Gil

ISBN: 978-84-17961-36-7

ISBN digital: 978-84-17961-37-4

Depósito legal: M-24336-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A los soñadores de islas.
Y a los héroes que, hoy como ayer,
tienen el valor de emigrar
para lograr alcanzarlas.*



ÍNDICE

| | |
|---|------------|
| PROEMIO | 13 |
| CAPÍTULO I: EN QUE FRAY DIEGO DE AZAÑA DA COMIENZO AL RELATO DE SU VIAJE A LAS INDIAS | 19 |
| CAPÍTULO II: EN QUE FRAY DIEGO DA CUENTA DE SU MOCEDAD Y DEL EXTRAORDINARIO HALLAZGO QUE NORTEÓ SU VIDA..... | 33 |
| CAPÍTULO III: COMIÉNZASE LA ADMIRABLE HISTORIA DE LOS INFORTUNIOS DE HERNÁN DE ÁVALOS GAITÁN, CON LA MEMORABLE JORNADA DEL ADELANTADO ÁLVARO DE MENDAÑA EN LA MAR DEL SUR | 55 |
| CAPÍTULO IV: DE LAS MARAVILLOSAS VIRTUDES DE LA RELIQUIA DEL REY SALOMÓN Y DE CÓMO HERNÁN DÁVALOS SENTÓ PLAZA EN LA SEGUNDA JORNADA DEL ADELANTADO A LAS ISLAS DE SU NOMBRE..... | 69 |
| CAPÍTULO V: QUE TRATA DEL INICIO DE LA NAVEGACIÓN POR LA MAR DEL SUR Y DE LA PRIMERA TIERRA QUE SE AVISTÓ | 93 |
| CAPÍTULO VI: EN DONDE SE GLOSAN LAS DELICIAS DE LAS ISLAS MARQUESAS DE MENDOZA..... | 107 |
| CAPÍTULO VII: EN QUE SE CONTINÚA LA DERROTA A PONIENTE EN BUSCA DE LAS ISLAS DE SALOMÓN | 123 |

| | |
|---|------------|
| CAPÍTULO VIII: DE LAS PRETENDIDAS ISLAS DE SALOMÓN Y DEL POBLAMIENTO QUE SE HIZO EN LA BAHÍA GRACIOSA..... | 135 |
| CAPÍTULO IX: DE CÓMO SE HICIERON BANDOS Y TROCÓSE UN PARAÍSO EN INFIERNO | 147 |
| CAPÍTULO X: QUE TRATA DE LOS CRÍMENES Y OTRAS OFENSAS A DIOS QUE SE HICIERON EN LA BAHÍA GRACIOSA | 161 |
| CAPÍTULO XI: DEL TRISTE FIN DEL ADELANTADO Y OTROS MALOS AUGURIOS..... | 177 |
| CAPÍTULO XII: DONDE SE CUENTAN TRISTEZAS Y ALGUNA MUERTE DESASTRADA..... | 187 |
| CAPÍTULO XIII: DE CÓMO SE ABANDONÓ LA TIERRA Y ACORDÓSE IR EN DEMANDA DE MANILA | 199 |
| CAPÍTULO XIV: EN QUE SE CUENTAN LOS AMORES DE LA REINA DE SABA | 211 |
| CAPÍTULO XV: DE LA AZAROSA NAVEGACIÓN HASTA LAS ISLAS FILIPINAS | 223 |
| CAPÍTULO XVI: EN QUE SE PROSIGUEN LAS PENALIDADES QUE SE PADECIERON HASTA ARRIBAR AL PUERTO DE MANILA..... | 237 |
| CAPÍTULO XVII: QUE HABLA DE LA CIUDAD DE MANILA, DE LA NAO DE ACAPULCO Y DE LA FAMOSA JORNADA DE CAMBOIA..... | 251 |
| CAPÍTULO XVIII: DEL ESCARMIENTO QUE RECIBIÓ HERNAN-DÁVALOS Y DE SU SACRÍLEGA VENGANZA | 265 |
| CAPÍTULO XIX: QUE TRATA DE LA DESDICHADA HISTORIA DEL GALEÓN SAN FELIPE Y DE LA TIRANÍA DEL TAICOSAMA DEL JAPÓN..... | 277 |

| | |
|---|------------|
| CAPÍTULO XX: EN QUE SE CUENTA LA ADMIRABLE HISTORIA DE LOS MÁRTIRES DEL JAPÓN..... | 291 |
| CAPÍTULO XX: QUE TRATA DEL ESPANTABLE NAUFRAGIO DEL GALEÓN DE MANILA Y DE LAS ISLAS DE LOS VOLCANES..... | 307 |
| CAPÍTULO XXII: DE LAS BÁRBARAS COSTUMBRES QUE IMPERAN EN LAS ISLAS DE LOS VOLCANES | 323 |
| CAPÍTULO XXIII: CUÉNTASE LA HISTORIA DEL GRAN SACERDOTE PAGANO DE LA ISLA DE CAUAI | 339 |
| CAPÍTULO XXIV: QUE TRATA DEL GRAN CACIQUE AUJUPO Y DE SU VIAJE A ESPAÑA | 355 |
| CAPÍTULO XXV: EN QUE SE CUENTA LA BUENA MUERTE QUE HUBO HERNÁN DE ÁVALOS GAITÁN..... | 365 |
| CAPÍTULO XXVI: DE LA JORNADA QUE HIZO PEDRO FERNÁNDEZ DE QUIRÓS A LA TIERRA DEL ESPÍRITU SANTO..... | 377 |
| CAPÍTULO XXVII: PÓNESE AQUÍ UNA CARTA QUE FRAY BELTRÁN DE OCAMPO, ESTANTE EN EL REINO DEL PIRÚ, ESCRIBIÓ A DIEGO DE AZAÑA..... | 401 |
| CAPÍTULO XXVIII: DE LA FELIZ LLEGADA A LAS INDIAS DE FRAY DIEGO DE AZAÑA, CON SUS PROPÓSITOS EVANGÉLICOS | 423 |
| PAPELES SUELTOS DEL MANUSCRITO DE FRAY DIEGO DE AZAÑA..... | 433 |
| APÉNDICE CRONOLÓGICO..... | 439 |



PROEMIO

Cuando esta insigne Academia de la Historia nos encomendó la edición de la presente obra, en que se da cuenta de las andanzas y desventuras de los españoles en la Mar del Sur, lejos estábamos de imaginar que, de forma tan precipitada y brutal como deshonrosa, íbase a dar la puntilla a casi cuatro siglos de glorioso dominio sobre aquellas aguas otrora conquistadas por nuestro arrojo patrio. No bastó la malsana voracidad del vestiglo yanqui, que a estas horas, entre procaces regüeldos, hace su digestión de nuestras Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Según leemos en la prensa de hoy, acaba de consumarse la humillación de nuestra enseña al ser arriada a un tiempo en las islas Marianas, Palaos y Carolinas, a disparos no de obuses y cañones, sino de unos viles veinticinco millones de pesetas que arroja a nuestra cara avergonzada el capital germánico. Quedaron aquellas tierras fecundadas por los huesos de nuestros muertos y por la sangre tan generosamente derramada por religiosos y soldados; fueron disueltas las tinieblas del paganismo en la luz radiante de la civilización cristiana. Y ahora, habiendo dejado los nuestros el alma en el empeño, serán otros los que cosechen los frutos de la buena siembra.

Ya dijo el clásico latino que *tempus omnia vorat*, o sea, el tiempo lo devora todo; como bien lo certifica la historia de todos los imperios que en el mundo han sido. Púsose el sol donde antaño nunca se ponía, abatiéronse las columnas del *Plus Ultra* y redujéronse las fronteras del hogar patrio al solar peninsular. Pero no seremos nosotros los que nos resignemos a quedar embarrancados en los

bajíos de la lamentación, tan pusilánime como estéril. La historia, *magistra vitae* como es notorio, nos enseña que más tarde o más temprano se abrirán nuevos horizontes y que la memoria de nuestros ancestros servirá para regenerar las energías hoy consumidas de la raza que señoreó el mundo. Tal es la idea que nos conforta y sostiene como historiadores de los esplendores patrios, la que nos impulsa todos los días a ensalzar y divulgar las proezas de los Colones, Magallanes, Legazpis y Urdanetas, que precedieron en varios siglos a los Cookes, Bougainvilles y Laperouses tan magnificados por la envidia extranjera. No son, empero, estos gigantes nuestro único patrimonio, pues los archivos y bibliotecas están repletos de los testimonios de miles de españoles que con su valor y sacrificio ayudaron a cristianar e hispanizar el mundo. Aun siendo ingente la labor que viene cumpliendo desde antiguo esta meritoria Academia con la publicación de voluminosas colecciones de documentos inéditos, es mucha la tarea que queda por hacer, ya sea por la propia abundancia de las fuentes, ya por la dificultad de seguir la pista a los manuscritos que permanecen en manos particulares o en destinos ignotos, lo que ha condenado a sus ilustres autores al más injusto anonimato.

Tal es el caso, interesado lector, del seráfico fray Diego de Azaña, natural de Toledo y apreciado en su época como brillante predicador y no poco diestro en el cultivo de las letras, aun cuando su nombre y su obra fueran ignorados por la erudición del padre Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Nova*. Muy poco, o casi nada, se sabía de la existencia de este notable personaje antes del reciente descubrimiento de sus papeles que ahora, en desagravio de la incuria padecida durante siglos, damos a conocer en este volumen. De su naturaleza y profesión religiosa en el monasterio de San Juan de los Reyes sabemos por propio testimonio del autor, que en su manuscrito parte de los años juveniles para concluir en su viaje a las Indias en 1618. Con toda probabilidad fray Diego dio continuidad a su relato en otros cuadernos hoy perdidos, y hemos de contentarnos con el que aquí sigue, primorosamente transcrito

por nuestro buen amigo y mejor paleógrafo, don Leoncio Varela. Por noticias indirectas, y breves alusiones a su persona de quienes le conocieron, parece que, en cuanto desembarcó en Portobelo, tomó el camino del reino del Perú, donde no sabemos qué negocios le ocuparon durante cuatro años. Sostiene el autor de la historia de las provincias franciscanas en el Nuevo Mundo que su intención no era otra que participar en la empresa de la evangelización de las islas de Salomón, de las que un marinero le había dado abundantes noticias, como se verá en el manuscrito; pero que, al convencerse de la inutilidad de su espera, ya que el virrey negóse a favorecer expedición alguna, decidió buscar su suerte en la Nueva España, desde cuyo puerto de Acapulco podía accederse a las lejanas islas de poniente por medio del galeón de Manila. Y, en efecto, gracias a la correspondencia del gobernador de las Filipinas, hallamos a fray Diego en aquellas islas dos años más tarde y en compañía de varios hermanos de su orden, inflamados como él por el celo evangélico. El espíritu inquieto de nuestro fraile franciscano no tardaría en empujarlo al último de los confines civilizados, donde presumimos que entregaría su vida en la conversión de los paganos. Si bien hemos de reconocer que tal suposición entra en el terreno de las conjeturas, parece sin embargo una hipótesis plausible, ya que nunca volvió a saberse de su vida. La incertidumbre da pie a especular, como han hecho conspicuos autores, sobre el lugar donde fray Diego culminó su misión, pues hay quien le imaginó en las islas Marianas o en las Carolinas, o incluso en las apartadas tierras de Japón o de Camboya. En la ignorancia de una verdad que tal vez jamás pueda ser desentrañada, el estudioso de su obra preferiría sin duda suponer que al fin llegase a alcanzar aquellas islas de Salomón que tanto anhelara.

Lo que sí parece incontrovertible es que el grueso de su obra, a buen seguro voluminosa a juzgar por la soltura de su pluma, debió de perderse con él en ese ignoto lugar en que hizo florecer su ministerio antes de que sirviera de eterno reposo a su cuerpo mortal. El manuscrito que es objeto de nuestro cuidado editorial quedóse

a buen seguro en las Indias cuando su autor se embarcó rumbo a las Filipinas y, tal vez, al ser remitido a España, cayó en poder de un corsario holandés. No otra explicación tiene el que, al cabo de los siglos, y después de pasar de mano en mano, haya reaparecido en la Biblioteca de Amsterdam, donde nuestro buen amigo y enamorado de España, el profesor Vanderlinden, lo exhumó por azar en una de sus provechosas investigaciones. Quiso la fortuna que nuestros comunes intereses nos ligasen por entonces en fluida relación epistolar y que la Academia se mostrase receptiva, a nuestro insistente ruego, para pensionar al señor Varela y enviarlo a Holanda con el fin de que realizase una pulcra transcripción del manuscrito, lo que cumplió con su acostumbrada diligencia. La edición, pues, de este tesoro documental debe ponerse en el haber de estos nuestros estimados colegas, siendo nuestra única aportación la obcecación que pusimos en que tan interesante empeño se llevase a efecto.

Tiene el lector en sus manos un precioso documento hasta ahora inédito que complementa a la perfección los relatos que, de la segunda expedición que realizara el adelantado Álvaro de Mendaña en busca de las islas de Salomón, corren manuscritos en la Biblioteca de Palacio de Su Majestad y en el Ministerio de Marina, e impresos en relaciones insertas en los *Sucesos de las islas Filipinas* de don Antonio de Morga y en los *Hechos de don García Hurtado de Mendoza*, obra esta de Cristóbal Suárez de Figueroa y dada a la estampa en Madrid en 1613. En un estilo muy directo, que no cesa de interpelar al lector, fray Diego de Azaña transcribe fielmente los valiosos testimonios que le fueron confiados por el soldado toledano Hernán Dávalos Gaitán, que participó en la frustrada empresa de la colonización de Santa Cruz y aún tuvo agallas para recorrer después buena parte del inmenso océano antes de regresar a su patria, cual último espécimen de la ya desaparecida casta de los conquistadores españoles. Debido a su prolongada pérdida, solo ahora subsanada, este relevante manuscrito, que tan bien ilustra el espíritu de los descubridores y soldados de nuestro imperio, no

pudo ser conocido por el eminente académico, recientemente desaparecido, don Marcos Jiménez de la Espada, que no lo cita en sus certeros estudios sobre la Mar del Sur, como tampoco lo incluye nuestro compañero don Justo Zaragoza en su magna *Historia del descubrimiento de las regiones australes*, obra a la que debemos, cabal es decirlo, nuestra vocación por estos temas.

Con la publicación de este volumen creemos haber puesto un granito de arena en la noble tarea de esta institución a la que nos honramos en pertenecer. Tarea noble, sí, pero sobre todo necesaria en los tristes tiempos que corren, como necesario es reintegrar en su fama a los españoles que con su ingenio o grandes hechos immortalizaron sus nombres y cubrieron a su patria de gloria inmarcesible.

MADRID, A 18 DE NOVIEMBRE DE 1899





CAPÍTULO I

EN QUE FRAY DIEGO DE AZAÑA DA COMIENZO AL RELATO DE SU VIAJE A LAS INDIAS

En nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero; y de la bendita Madre de Nuestro Señor, cuya Limpia Concepción nos guíe y alumbré en la peligrosa y traicionera travesía por este proceloso océano del mundo. Yo, fray Diego de Azaña, humilde hijo de mi seráfico padre San Francisco, tomo la pluma y doy principio al relato de los hechos por medio de los cuales la Providencia, en su infinita sabiduría, se sirvió indicarme el camino a seguir, como la estrella que guió a los Magos en su divina búsqueda. Hartos son los signos de los que Dios se vale para marcarnos sus designios. Y tanto yo como los hermanos que me acompañan en esta jornada discernimos que no por azar el bajel en que navegamos se intitula *Estrella de Oriente*, aunque en estos tiempos más debiera decirse *de Occidente*, adonde está la esperanza que relumbra. Somos magos que, en constante peregrinación, vagamos en busca del Dios verdadero para conocerlo y descubrirlo a las bárbaras gentes que habitan en este extenso mundo, sumidas en las tinieblas de la ignorancia y el pecado. Solo cuando hayamos culminado la misión que Jesucristo confió a sus apóstoles, lo que cada día parece más cercano, alcanzaremos a ver el fin de los tiempos, de la infelicidad, del dolor; y asistiremos gozosos al alumbramiento de una nueva edad, la edad



del espíritu, en que se manifestará en todo su esplendor la gloria divina.

Entregados a este empeño, y después de interminables años de preparación, doce hermanos franciscos somos enviados a las Indias como jornaleros de los campos del Señor, anhelantes de que nuestro sudor pueda contribuir a adelantar su siembra. Te ofrecemos, ¡oh, Dios!, los sufrimientos que sin duda vamos a padecer en esta santa obra y que ya han comenzado a mortificar nuestras frágiles naturalezas, porque ¿no es verdad, Señor, que tú creaste la tierra para los hombres y el mar para los peces? Nada es más insensato para un mortal que desafiar a las leyes de la natura engolfándose en un mar tenebroso y casi infinito, sabiendo que solo le separa del abismo y de la muerte un simple y vulnerable madero. Cuán gallarda e imponente luce una nao en la seguridad del puerto, y cuán se empequeñece en alta mar, cuando los cuatro elementos se conjuran para perderla. Primero el agua que, olvidando su aparente mansedumbre, toma la forma de gigantescas montañas de espuma y profundos valles movedizos, como bocas del Averno. Luego el aire, que sopla huracanado hasta hacer añicos los aparejos y dar al través con la nave más consistente. También el fuego es enemigo temible, pues no pierde oportunidad de encenderse con furia y devorar a todo pasto velámenes y maderos, que es decir todo el mundo y habitáculo de los marineros. Y, en fin, la tierra, tan anhelada como los brazos de una madre por los que soportan travesías prolongadas, pero que también es capaz, en forma de afilados bajíos, de echar a pique la más poderosa nao en el decir de un Credo.

Aun antes de que la violencia de estos cuatro elementos llegue a desencadenarse, ya sufre el viajero mil padecimientos que castigan su insensatez, porque vivir a bordo es hacerlo encerrado en una estrecha prisión en que el cuidado más apremiante es conquistar el espacio suficiente para el reposo del propio cuerpo. En cubierta no cesa un instante el ajetreo de los marineros, a quienes molestarás allá donde te pongas, y no dejarán de reconvenirte por ello con malos modos y sin atender a la dignidad de tu estado. Trepan por los

obenques y escupen desde las vergas, se mueven a tu alrededor con la agilidad de los gatos y te dan algún pescozón cuando, justo por encima de tu cabeza, maniobran en la red que llaman jareta. Pero ellos no son los únicos que te disputan tu espacio. Buena parte del mismo está ya ocupado por voluminosos toneles, fardos de mercaderías y baúles en que se guardan los matalotajes de tripulantes y pasajeros. Estos, amedrentados por la batahola, compiten por los rincones más tranquilos, de donde son, sin embargo, desalojados por un ofendido marinero, celoso de la labor que tamaña intrusión le impide ejecutar. Si entonces el viajero trata de guarescerse del sol y de las importunidades bajando a la bodega, es tal el sofoco que lo ahoga que no tarda en perdonar y reaparecer en cubierta para poner la otra mejilla. Allí tornará a sufrir repujones, a escuchar toda suerte de blasfemias y a compartir las flaquezas corporales del género humano con el más vecino prójimo. Porque en tu misma cara uno regüelda, otro vomita o suelta los vientos, si no es que descarga las tripas sin acogerse a privado. Echamos mano a la borda y no es madera lo que palpamos, sino un compuesto de escupitajos y orín, de restos de comida, vómitos y palominos de aves marinas. Los cordajes rezuman grasa y sal, y de las escotillas, cuando trabajan las bombas, emerge el hedor de las aguas corrompidas en el plan de la nao.

No es que desconociera estos pormenores, que había escuchado cien veces en los relatos marineros a que tan aficionado era, pero nunca les había dado importancia y prefería retener la libertad de los grandes horizontes, el frescor de la brisa acariciando la piel, la intuición de nuevos mundos y de millones de almas aguardando la luz del Evangelio. Tales eran los dibujos que se complacía en trazar mi imaginación en los años de noviciado y de estudios colegiales. De eso, y solo de eso, parlaba con mis hermanos mientras caminábamos, ilusionados, en dirección a Sevilla; cuando, en una pequeña embarcación, descendimos por el Guadalquivir, y en los días consumidos por la impaciencia en que esperamos a que la marea permitiese a nuestra nao franquear la barra de Sanlúcar. Aque-

lla mañana de agosto, en que por fin se nos dio orden de embarcar, concelebramos una misa en medio de la emoción:

—*Id y predicad el Evangelio a todas las criaturas. Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los tiempos.*

Y besando la tierra que no sabíamos si habríamos de volver a ver, subimos en los bateles que nos llevaron a bordo de la nao. El maestre nos recibió con no disimulada ansiedad y el piloto vociferó desde el alcázar:

—¡Larga trinquete en nombre de la Santísima Trinidad, que sea con nosotros y nos guarde, nos guíe y acompañe, y nos dé buen viaje a salvamento y nos lleve y vuelva con bien a nuestras casas!

Sonó el silbato del contra maestre y, como si hubiera accionado un resorte, las piezas de aquella máquina se pusieron en su lugar, crujió el cabrestante con estrépito, desplegaronse las velas sobre árboles y masteleros y nos abandonamos a la influencia de los vientos, que al cabo nos distanciaron de la tierra española.

—Buen viaje nos dé Dios, —oíase por todos lados, como si la común aventura que se iniciaba nos hermanase a todos en una misma alma.

Quién se santiguaba sobre el castillo de proa y se daba ostentadamente golpes de pecho, quién derramaba abundantes lágrimas por sobre la borda o miraba suspenso a la tierra que dejaba atrás, como si a punto estuviera de arrojarse al agua para ganarla con desesperación. Un *Ave María* nació de labios del piloto y se derramó por todas las gargantas. Y después el imponente silencio se apoderó del navío durante horas, hasta que toda traza de tierra desapareció a popa tras el horizonte, lo que es también decir el tiempo pasado.

Hay de Sanlúcar a las islas Canarias 300 leguas, que se recorren en siete u ocho días de navegación. Llámase a este mar el *Golfo de las Yeguas* por el encuentro que en él tienen vientos contrarios, que hacen que las naves vayan cabeceando como si fuesen yeguas salvajes. No pasó mucho tiempo antes de que hartos pasajeros, y todos los frailes sin excepción, estuviésemos en trance de dar el

alma, que no otra cosa es almadiar. Por todas partes oíanse arcadas y la cubierta y bordas se cubrieron de vómitos de cólera que se mezclaban unos con otros, y su vista y olor no tardaba en mover a devoción a las tripas que hasta entonces mostráranse remisas a este ejercicio. Hacía todavía más insufribles los padecimientos corporales la inmisericordia de la gente marinera, que no perdía ocasión de mostrar su regodeo cuando sorprendía a un pobre fraile echando el alma.

—Dicen vuestras paternidades que los marineros somos desalmados —reíanse a sus anchas—. Comprenderán ahora si hay motivo dello —y reanudaban sus faenas sin cuidarse de nosotros.

En cuanto a mí, creí que iba a morir sin remedio, tal era el malestar de mis entrañas contraídas en un dolor atroz, desigual y traicionero, que ora se manifestaba en un lugar, ora en otro, se atenuaba solo para acometer al instante con mayor violencia, hasta provocarme agónicas erupciones de materia corrompida por entrambas escotillas. Apenas osaba separarme de la borda porque, cuando parecía restablecerse la calma, ya me atacaban de súbito nuevas bascas que arrojaban al mar todo resto de lo que fuera alimento, y en pos de él babas de bilis y hasta parte de mis entrañas. No bien acababa de proferir tan infame predicación cuando el caño de la vergüenza me exigía tributo y corría a esconderme, como si esto fuera posible a bordo, en los pasillos de popa, entre las toldas, aun a riesgo de caer en la mar mientras pugnaba por levantarme los hábitos con algún atisbo de decencia. En mi cabeza dolorida palpitaban las sienas como corazones encabritados y el continuado vaivén de la nao hacía-me perder el sentido, obligándome a cada paso a aferrarme a cuanto se cruzaba en mi camino, fuese cordaje, mamparo o inclemente marinero. Creyendo encontrar alivio, me desplomaba sobre el camastro de mi camarilla y cerraba los ojos, pero aún era peor remedio, porque entonces perdía toda noción del espacio y no eran las cosas de mi derredor las que se movían y giraban, sino yo mismo, como si fuera succionado por un poderoso desagüe que me hundiera en un abismo sin fondo.

Toda una semana estuvimos en este purgatorio, cuyos sufrimientos quiera Dios tenernos en cuenta para remisión de nuestras penas. Y como, al igual que nuestra santa madre Iglesia, la mar tiene sus mandamientos y nos impuso el de ayuno riguroso, enflaquecimos a tal extremo que nuestra exigua humanidad se perdía en los amplios pliegues de los hábitos. Al cabo de los días cesaron las dolorosas contracciones que amenazaban con hacer reventar nuestros cuerpos, pero estos estaban tan maltrechos y debilitados que apenas podíamos permanecer en pie y pasábamos el tiempo sollozando en los camastros o tirados en cualquier rincón de cubierta, sin cuidarnos del sol ni de los marineros que nos apartaban a patadas o nos pasaban por encima sin ningún recato.

Varado en ese estado de sopor previo a la muerte, el grito de *¡tierra!*, en un principio solista y luego coreado por varias gargantas desde distintos puntos de la nao, me pareció tan irreal como la situación en que me veía desde el embarque en Sanlúcar. Era como encontrarse con la dulce muerte después de una cruel agonía, como refugiarse en un sueño sin conciencia, a salvo de todos los horrores a que nos enfrenta una vigilia de lucidez implacable. ¿O no era más bien el despertar de un sueño, de la pesadilla que había acompañado mi descanso durante una travesía tranquila? Porque, cuando mis ojos se acostumbraron a la radiante luz de aquel mediodía, no descubrieron sino normalidad en aquella nave antes sumida en el caos. Los marineros hacían su labor, cada uno en su puesto; el piloto, en la toldilla, impartía sus órdenes al timonel, que incluso reía al escucharlas; y los ociosos se agolpaban en la banda de babor, avizorando la tierra que en efecto se columbraba a lo lejos.

—¡Milagro! —clamó el hermano Pedro con ojos alucinados, mientras arrastraba su desfallecida osamenta fuera de la camarilla.

A lo que la gente de mar, insensible a nuestro padecer, reaccionó con estruendosas risotadas.

—¡Carne de gachupín! —exclamó un mercader indiano sin que yo entonces pudiera entender el sentido.

—¡Y todavía no ha empezado la verdadera navegación! —se burló el contraмаestre.

El buen fraile, ajeno a la rechifla, se hincó de rodillas y murmuró una oración de acción de gracias a la que nos sumamos con fervor los demás religiosos, y solo entonces la tripulación cesó la zumba y se acogió a un respetuoso silencio. No puedo describir el bienestar que me invadió. Al fin habíamos recuperado ante aquellos paganos un atisbo de nuestra dignidad.

Habíamos avistado la punta norte de la isla que llaman de Lanzarote, la cual, al parecer, no estimó suficientemente buena el piloto pues, dejándola a popa, tomamos rumbo sur-suroeste, de donde, al poco, surgió del horizonte una elevada montaña en medio del mar. Dicen que el Almirante la vio humear cuando se disponía a emprender su viaje de descubrimiento adentrándose en el océano. Cuando yo la vi estaba tranquila, señoreando con su fornida arquitectura la extensa isla que fue apareciéndose a sus pies. La costeamos por su parte norte, admirándonos del extremo contraste entre sus pueblitos blancos y el tono negruzco de sus acantilados, la intensa verdura de sus pendientes y el manto rojizo y ocre que arropa a la majestuosa cima. Pero no fue tampoco Tenerife nuestro puerto de acogida, sino la tranquila rada de una isleta cuyo nombre es Gomera. De la presencia de cristianos en lugar tan remoto solo da fe un diminuto puerto en el fondo de la bahía y un castillo arriscado que lo vigila. Pero era tierra, y como tal, nuestra madre, que nos ofrecía su amparo después de haber sido zarandeados durante varios días en el inhóspito seno de la mar.

Por eso, no bien se arrimaron los bateles al muelle, los frailes corrimos alborozados a abrazarnos con esa madre de la que por primera vez en nuestras vidas habíamos osado separarnos. Y lo hicimos cayendo de bruces con los brazos en cruz, asiendo terrones en nuestros puños cerrados y besando una y mil veces la firmísima superficie en la que, más que su belleza o la pintura del paisaje, eran de maravillar sus cualidades de inmovilidad y solidez. Solo después de haber dado infinitas gracias a Dios y de felicitarnos unos a otros

por nuestra buena suerte, pudimos reparar en el pequeño paraíso creado por la Providencia para refrigerio de navegantes. Llegaba a nosotros el gorjeo de los pájaros y el rumor de la hojarasca al ser agitada por la brisa, que bien nos traía los aromas del interior, bien la frescura del océano al atardecer. No se sentía ni el frío ni el calor en aquel edén sobre el que reinaban la moderación, la suavidad, el deleite de no sentir el paso de las horas.

Cuatro hermanos gobernaban un conventito tan pequeño y humilde que solo se reconocía por la espadaña desde la que, cada mañana, esparcíase la Palabra de Dios en lenguaje de campanas. No nos faltaron allí ni regalo ni espacio, el exiguo de una celda compartida, pero en su quietud y privacidad mucho más satisfactorio que el que a bordo nos disputábamos. Comíamos copiosamente para restaurar el vigor perdido en tan pocos días, y en prevención de los que se avecinaban. En cuerpos sometidos a la disciplina de abstinencias y ayunos era toda una novedad que les permitiesen, más aún, los apremiasen a devorar sin medida manjares que en otras circunstancias habrían rechazado como tentaciones diabólicas.

—Coman, coman vuestas mercedes, que lo han menester —tranquilizaban los anfitriones a nuestras conciencias recelosas.

Y ante el menor remilgo por nuestra parte se indignaba el superior:

—Padre, se lo ordeno en virtud de la santa obediencia.

A lo que no cabía objeción alguna, y todo escrúpulo se desvanecía en un sentimiento de indecible felicidad.

Quisiera pensar que no ha sido esta la razón, pero debo reconocer que los once días transcurridos apaciblemente en la Gómera han sido los más dichosos de mi vida. Tal vez la seguridad momentánea de la tierra, que después de la zozobra da un mayor valor a cada instante; tal vez la conciencia de encontrarme al fin principiando la aventura con la que tanto había soñado; o incluso el presentimiento de que aquellos días podían ser los últimos de mi hospedaje en este mundo. Sea como fuere, nunca había poseído

ese sentimiento de plenitud que me embargaba en los paseos por la floresta, en mis oraciones en aquella capilla enjalbegada o en los momentos de camaradería con mis hermanos frailes.

Hablábamos de nuestro bautismo en el mar como si ya hubiésemos conquistado las Indias, y nos costaba creer que una travesía mucho más dilatada y peligrosa nos aguardaba. Nos contaron de un ermitaño que vivía en un barranco del interior de la isla. Había-lo pasado tan mal en la navegación que lo trajo desde España que hizo promesa de nunca volver a embarcar y aún de no ver el mar. Renunció, pues, a su viaje a Indias y buscóse el lugar más recóndito en este diminuto espacio rodeado por el océano para cumplir su voto imposible.

—¿Imposible? —respondió el fraile con indignación a nuestra no disimulada incredulidad—. De esto hace ya treinta años.

—¿Y en todo ese tiempo?

—El ermitaño es un buen cristiano —dijo el fraile por toda respuesta—. Nunca faltará a su promesa.

La conversación se estancó en un forzado silencio, que el superior rompió al fin.

—No tienen mis hermanos que llegar tan lejos como el ermitaño, pero aún están a tiempo de renunciar, como él hizo, a tan peligrosa navegación. Algunos se han quedado con nosotros —y se interrumpió en un hondo suspiro antes de reponerse y continuar—, otros han regresado a España. No todos tienen agallas para desafiar por segunda vez a la furia del mar.

Nadie le contestó, aunque yo creo que ninguno de nosotros pudo conciliar el sueño aquella noche, la última antes del embarque definitivo. Y sin embargo debo decir que en ninguno prevaleció el temor y los doce frailes nos encontramos en la playa al día siguiente, ofreciendo nuestras pobres naturalezas a los designios de la Providencia.

En un tosco altar al aire libre nos dijeron misa para dar oportunidad a los viajeros de confesar y comulgar antes de exponerse a su incierto destino. Quien no lo hiciera en Sevilla o en Sanlúcar

redactó su testamento como el que va a morir. Y en paz con Dios y con los hombres, nos resignamos a penar en aquel purgatorio que flotaba sobre el inmenso infierno de agua. La flota estaba presta a largar velas después de haberse remozado los aparejos y colmado las bodegas de bastimentos. Un cañonazo fue la señal para que en derredor se desplegara la frenética actividad que ya conocíamos.

—¡Larga trinquete en nombre de Jesucristo y de su bendita Madre! ¡Dios quiera tengamos buen viaje! ¡Los santos nos acompañen! ¡Quiéralo Dios! ¡Así sea, así sea!

La capitana, con todo su velamen ofrecido al viento, comenzó a moverse de forma lenta, pero con ostensible decisión. Las naos de la flota fueron adoptando en su colocación la preceptiva forma de media luna, mientras las escoltas se situaban a popa y, en fin, la Almiranta ocupaba su lugar en la zaga. La congoja de los corazones por abandonar el puerto seguro cedió paso, sin que pudiera explicarlo, a un optimismo resuelto, tal vez porque, a pesar de los riesgos, comenzaba al fin la prueba definitiva, la que habría de conducirnos a la meta deseada.

Al poco de perder de vista las Canarias, sin que a nuestros ojos se ofreciera ya otra cosa que mar y cielo, tornaron a mortificarnos cámaras y vómitos. Algunos se sumieron en la desesperación, temiendo que su agonía durase tanto como la interminable navegación que se preveía; otros se limitaron a dejarse caer en la inconsciencia que, tras muchos padecimientos, ofrece la debilidad, y yacían tirados por los rincones, sin importarles un ardite lo que ocurría en derredor. Pero la mayor parte de los almadiados notamos muy pronto una sensible y definitiva mejoría, como si nuestros cuerpos, a fuer de tormentos, se hubiesen concertado con los vaivenes de la mar. Nos sentíamos flamantes bachilleres y ya no tan diferentes de la gente marinera, que incluso parecía inclinada a tratarnos con más respeto y camaradería. Reconozco, sin embargo, que buena parte del éxito debíase más bien al cambio de circunstancias. En efecto, hemos cambiado el *Golfo de las Yeguas* por el que dicen *Golfo de las Damas*, tan dócil y apacible que cualquier damisela

puede cruzarlo sin marearse. Dice el padre Acosta, cuya *Historia Natural* enseña no poco al novicio que se dirige a Indias, que entre los dos trópicos soplan de forma ininterrumpida las brisas de levante. El piloto solo tiene que dejarse llevar y, habiendo alcanzado la altitud apetecida, mantenerla cada día pesando el sol o midiendo la estrella. Hay que dar infinitas gracias a Dios por haber trazado en su providencia este camino invisible en medio de la mar. Conocí en el noviciado a un experimentado franciscano que, habiendo atravesado el océano en cinco ocasiones, me hablaba del camino de santo Tomás, pues estaba convencido de que el apóstol lo había utilizado para llevar a nuestras Indias la primera luz del Evangelio. Que fuera así, cada uno puede o no creerlo, que solo Dios conoce la verdad.

Es lo cierto, en todo caso, que nuestras jornadas a bordo se han dulcificado y, a no ser por el inevitable hacinamiento y la odiosa galleta que hace las veces de principal alimento, aún podría calificarlas de agradables. Las naos vuelan en dirección hacia donde el sol se pone, impelidas por vientos y corrientes, y es una fiesta verlas cabalgar las olas armoniosamente, como los delfines que las siguen dando brinco de aparente contento. A la labor incesante que hacía de la cubierta un hormiguero de confusión ha sucedido una calma indolente. Los marineros libres de guardias zurcen sus ropas en el castillo de proa, dormitan a la sombra de las velas o se cuentan entre carcajadas historias indecorosas que jamás obtendrían el *nihil obstat* para ser impresas. De vez en cuando hacen un corro en el combés y suenan los rasgueos de una guitarra que esparcen aires de patria nostalgia. Nosotros, en este reducido mundo que escapa a nuestro control, pasamos las horas entre oraciones y lecturas devotas, pidiendo a Dios que nos fortalezca en la fe y quiera darnos la entereza que necesitaremos en los momentos de aflicción.

La gente marinera es la más religiosa de la cristiandad en cuanto amenaza una tormenta, y la más olvidadiza en los momentos de calma. Acostumbran cantar la Salve en la tarde de los sábados, pero la importunidad de los frailes ha conseguido que se avengán

a acomodar en su rutina diaria esta piadosa práctica. Cada tarde, al ponerse el sol, uno de los frailes dirige desde la tolda la oración en honor de la Reina de los Cielos y un coro poco angélico pero no falto de devoción responde desde cubierta:

—*Nuestra Señora aquiete la mar, nos libre de toda tribulación y nos guíe al puerto de la salvación.*

—Amén —concuerdan todas las voces, y cada cual retorna a su quehacer.

Es nuestra forma de contrarrestar la más cruel tortura que padecemos a bordo. Aseguran los Padres de la Iglesia que la pena mayor de los condenados es carecer de la visión de Dios. Pues nuestra pena mayor en este purgatorio naval es no poder gozar del consuelo y alimento que se obtiene en la cotidiana misa y comunión. Vedada cosa es exponer al Santísimo a caer deshonrosamente al suelo o, peor aún, en la turbiedad del océano por culpa de un golpe de mar. Nunca pasóme por la imaginación que iba a cometer pecado por decir misa, pero reconozco que así ocurrió en el día de ayer, cuando con cuatro de mis hermanos, tan desazonados como yo por falta del espiritual sustento, tuve la debilidad de faltar a la santa obediencia. Fue el caso que, en nuestra desesperación, nos encerramos en una de las camarillas, tan estrecha que no daba lugar siquiera a santiguarse, y dimos curso a una apresurada misa, siempre bien asida la hostia consagrada para no dar lugar al temido agravio. No soy capaz de precisar la sensación entretejida de alivio y comezón de escrúpulos que obtuve de aquella travesura. Dios me haya perdonado por necesitarle hasta el extremo del pecado.

Y así pasan los días en la más apacible rutina, como si nos envolviese un sueño que se desliza en el mar tranquilo de la irrealdad. Porque las pesadillas que de vez en cuando turban mi descanso parecen más reales que ese discurrir, diríase que eterno, en el seno de la inmensidad, donde el mar se confunde con el cielo y en este se transluce, más allá de su azul transparencia, el gozo de los bienaventurados.

—¡Oh, Señor! —me viene a menudo a la mente este pasaje—. ¡Qué bien estamos aquí! Hagamos tres tiendas, una para ti, una para Moisés y otra para Elías.

A lo que el ímpetu de la brisa parece responderme:

—¡No sabes lo que dices!

Llegar... como tantas veces lo deseé en el insomnio de mis noches, mi mayor aspiración en esta vida, la ilusión más ferviente y acariciada. Y ahora que por fin está a mi alcance... ¡qué temores!, ¡qué dudas!, ¡qué intuición de horror! Sí, horror, no es otra la palabra. Me asusta lo que me espera, lo extraño, lo salvaje, lo que aún está bajo el imperio del demonio. Pero sobre todo me doy miedo a mí mismo, porque soy cobarde, pusilánime, débil... muy débil. Pero, no... Cerremos los ojos. La brisa continúa soplando hacia poniente y un día cercano, si Dios lo quiere, llegaré... llegaré... ¿y entonces?

Mientras tanto, la oración prolongada no sé si me conforta. Necesito comprender por qué estoy aquí, en un trozo de madera en medio del océano, rumbo a un destino incierto y tal vez terrible. Eso es lo que me impulsa a tomar la pluma y aprovechar las horas de sosiego, que son muchas en esta navegación, mientras el pobre fray Martín, yacente en el camastro de nuestra camarilla, es todavía presa de los vahídos del mareo. Tan admirablemente hemos organizado el minúsculo espacio que puedo sentarme sobre un barrilete y, convirtiendo en escritorio una tabla clavada en la mampara, confiar a estos pliegos de papel los caprichos de la memoria, en un tal vez vano intento de reconstruir la cadena de causas y efectos que me ha traído a bordo de esta *Estrella de Oriente*, con el único anhelo —Dios lo sabe— de llevar a las almas que viven en la oscuridad la llama del Evangelio.

Recordar es navegar contra la corriente de un río que se empeña en arrastrarnos hasta el mar. Tan duro es como el ejercicio del remo, tan fascinador como el canto de las sirenas que a toda costa quiso escuchar Odiseo, tan peligroso como las afiladas aristas de un bajo fondo que acecha el paso de los navíos. Y a pesar de todo,

también es dulce recordar. Uno se hunde en el ensueño de lo vivido, se contempla desde fuera de sí y logra el milagro de recomponer en su alma imágenes con sus colores y sombras, con su viveza de antaño, como si lo sucedido una vez pudiera volver a hacerse presente. ¡Cuánto cabe en el seno de la memoria! Nos harían falta varias vidas para recordar en todos sus detalles, ángulos e implicaciones las vivencias que atesoramos. El sabio aprende observando la natura, pero más aún le aprovecha volver la mirada hacia adentro, a la atalaya de su alma, pues esta es, como la piedra preciosa que absorbe los rayos del sol, un microcosmos donde se refleja todo el mundo exterior. En el alma se contiene todo el universo mundo, en el alma está Dios. Y recordar es como encontrarnos en Dios, reconocernos en su imagen; es, en fin, una forma de rezar.

Rezo para que Dios me ilumine y poco a poco van surgiendo imágenes que contemplo con los ojos cerrados. Empiezo a reconocerlas, me veo en ellas, retroceden en el tiempo, se escapan, huyen muy lejos... Y, sin embargo, siempre me encuentro a su lado, acariciándolas, mirándolas, sí, con extrañeza, pero comprendiéndolas verdaderamente por vez primera. Rezo... recuerdo... sueño... viajo en un mar onírico... y siempre, siempre, acabo recalando en aquel atardecer, en la ciudad de mi naturaleza, cuando se apagaban los ecos de la fiesta de Nuestra Señora de Agosto y yo recorría las calles...

Sí, allí está el primer eslabón de esta historia. Y las palabras que lo explican vienen dóciles a mis labios y estos las confían a la pluma, que me pide jugar sobre la superficie en blanco para dejar su estela de caprichosas fantasías. Son palabras. Vienen en cascadas... empujando... ya llegan en tropel... y así me hablan:

—Cuando llegué a la edad de la razón, ya sabía que habría de ser fraile de nuestro padre san Francisco, pero nunca antes de aquel día... Aquel día...